



Hoy es siempre todavía

ISABEL ÁLVAREZ
Presidenta del Colegio
Asturiano de Árbitros
de Voleibol

"Los jugadores de voleibol no van a ser millonarios, pero sus padres también insultan al árbitro"

"Hace tres años mi marido estaba inmovilizado por un problema de espalda y yo tratada de cáncer, pero no somos derrotistas"

Javier CUERVO

Isabel Álvarez Suárez (Avilés, 1959) jugó de adolescente al balonvolea, cuando era un deporte más femenino que masculino. La Federación de este deporte, que ahora se llama voleibol, ha cumplido 53 años. Isabel es árbitra desde hace 25 años, habilitada nacional y territorial, y preside el Colegio de Árbitros de Voleibol de Asturias desde hace dieciocho años, después de cuatro como secretaria. Se retira cuando acabe esta temporada, antes de cumplir los 60 años.

—¿Dónde jugaban hace medio siglo?

—Yo, en la cancha del colegio Santo Ángel. Poníamos la red, los postes y a jugar. Jugamos en frontones, pintando la cancha, sobre grijo y cemento. Ahora se juega sobre parqué y si la cancha es descubierta los niños se quejan de frío. Son más melindrosos.

—¿Prefiere juzgar o jugar?

—Fui una jugadora muy mala de niña, pero me quedó el gusanillo. Tengo una hija, Andrea, de 36 años. Cuando empezó en el colegio llevé en la AMPA los equipos

de deportes. Recuperamos el voleibol, hicimos un grupo de montaña... Cuando la niña cumplió 12 años y empezó a jugar al voleibol, mi marido, Eduardo, y yo hicimos el curso de árbitros.

—¿Por controlarla?

—Por el deporte. Eduardo fue árbitro nacional. Ahora está retirado. Mi hija también hizo el curso de árbitro años después.

Isabel llegó a Gijón con 7 años cuando la familia se mudó por el trabajo del padre. Estudió, trabajó unos años en una tintorería y después en el taller de instalación eléctrica de su marido.

—¿Cuándo se conocieron?

—Empezamos a salir a los 14 años, pasamos ocho de novios y llevamos 38 casados. Nos conocimos en el grupo folclórico "Aires de Asturias", de Educación y Descanso, aprendiendo a bailar el corri-cori, el pericote, la jota de Pajares, el ligero. Aún nos relacionamos con compañeros de entonces. El grupo sigue vivo en Villaviciosa.

—¿Qué tal jugó su hija?

—Muy bien, empezó a los 12 años, es alta y jugaba de central. Disputó la fase de ascenso a Primera División con un equipo de Jovellanos y la ganaron, pero ya vivía con su marido y dijo que no quería seguir porque cuanto más arriba el equipo, más tenía que viajar; eso no le apetecía y lo dejó. Después de tener a su hija, volvió un par de años en Segunda y lo dejó hace cinco. Ahora, Ca-

"Yo fui mala jugadora; mi hija ganó un ascenso a Primera y mi nieta ya juega"

"El top y la braguita del bikini llaman la atención sobre el voleibol"

rolina tiene 7 años y juega en minibenjamín en el Miguel de Cervantes de La Calzada.

En la práctica hay jugadores de 43 años. Es un deporte sin contacto pero exigente, que precisa reflejos, elasticidad y buenas piernas. El voleibol tiene 1.600 licencias en Asturias y equipos en Gijón, Avilés, Oviedo, Nava, Llanes, Cangas de Onís. Cada fin de semana hay cerca de ochenta partidos de voleibol en Asturias. Los mayores abandonos vienen cuando los estudios se complican en jugadores que no avanzan demasiado en el deporte.

—El voleibol playa ha hecho más visible el deporte.

—Porque es más vistoso. Aquí tuvimos el Larios y el JB y mo-

vieron gente. Tiene reglas diferentes pero es voleibol.

—Hubo quejas por los uniformes.

—Es que el voleibol playa femenino llama la atención con el top y la braguita del bikini.

—También con el uniforme de pista.

—Se usa el culote corto, por comodidad. No me plantea ningún problema. Me gusta que se vea el deporte, y lo del machismo y el sexismo no va conmigo.

—¿Hay diferencias en la forma de jugar de los chicos y las chicas?

—Los chicos luchan hasta el final. Las chicas decaen primero.

—Usted es activa, ¿sabe lo siguiente que va a hacer?

—No. Descansar un poco, pero me va a costar. Pero tengo tarea. Mi hija y su marido trabajan. Mi marido va a buscar a la niña y ella y mi hija comen en casa. Mi yerno, cuando no viaja por toda Asturias, también. ¡Todos a casa! No me quejo para nada.

—Pero deja algo importante en su vida.

—Sí. Cuando tuve el cáncer, me sacó adelante. Hace tres años tenía a mi marido inmovilizado por un problema de espalda y andando con unas muletas que le ha llevado a la invalidez laboral. Me fui a hacer una mamografía rutinaria en enero en la Cruz Roja y en marzo me diagnosticaron un tumor de tres centímetros y medio.

—¿Es grande?

—Enorme.

—¿Prometedora primavera?

—Y verano. Él infiltrándose y yo haciendo pruebas, seis sesiones de quimio y 33 de radioterapia.

—¿Cómo lo llevaron?

—Bien, no somos derrotistas y sí buenos cómplices. La familia ayudó y el presidente de la Federación, Antonio Morales, el director técnico y la secretaria, que somos amiguísimos, tiraron por mí lo habido y por haber. Un martes de noviembre me operaron. El sábado fui a Noreña y, como tenía que tener algo que hacer,

arbitré con la manuca y el brazo inmovilizados. Otro me llevaba el acta. Me sacó adelante porque tenía más en qué pensar que lo mío. Ahora me encuentro bien. De momento.

—En Asturias hubo dos jugadores olímpicos.

—Y ahora tenemos el Real Grupo Cultura Covadonga en Superliga 2 femenina, la segunda categoría nacional. En Primera, tenemos tres equipos femeninos: en Gijón, La Calzada; en Corvera, Feriberia Los Campos, y en Avilés, La Curtidora. Y dos árbitros de máximo nivel y, de ellos, uno es internacional de playa.

—¿Arbitra o disfrutas?

—Disfrutas dentro de la tensión, y, si no, es mejor que lo dejes.

—Desde los 7 años en que vino a Gijón, ¿qué es lo que más cambió en la ciudad?

—Muchas cosas mejoraron muchísimo, lo peor es que haya tanto tráfico. Me encanta lo que cambió la playa, el cerro de Santa Catalina... Me siento muy a gusto. Lo que menos me gusta de los deportes es la actitud de los padres.

—¿También en voleibol, que no hace hijos millonarios?

—También. A mí no me afecta porque llevo muchos años, pero mucho por los míos y hay árbitros jóvenes que lo pasan mal con los entrenadores y los padres.

—¿Mejor un partido sin padres?

—Tenemos la tarjeta negra que impuso la Consejería, en caso de insultos racistas, xenófobos o machistas. A mí me respetaron bastante, pero a otras las mandan "a fregar". A un árbitro que es senegalés lo insultaron un montón antes de que tuviéramos la tarjeta negra. Se suele saber de qué equipo son los padres, abuelos y familiares, porque entre los jóvenes hay menos problemas. Nunca se paró un partido, pero el año pasado se sacaron dos tarjetas negras y éste otras dos. Es un deporte minoritario pero emocionante y calienta bocas.